

La ciudad en la historia: comparación, análisis y narración en la sociología histórica de Max Weber ¹

Ramón Ramos Torre

Max Weber es un punto de referencia crucial en la actual sociología histórica. Padre póstumo y modelo de esa línea de indagación, encarna también sus dificultades y titubeos. Es ésta la perspectiva desde la que voy a hacer una aproximación a su obra. Tiene por finalidad rastrear en un caso ejemplar ciertos problemas de articulación de la comparación, el análisis y la narración que, según he argumentado en otro trabajo (Ramos 1993), son acicate permanente de la tarea heroica de la sociología histórica y definen su paradoja constitutiva. Mi aproximación a Weber es, pues, muy selectiva: me interesa en su vertiente metodológica. Más en concreto, pretendo mostrar cómo en su obra se asiste a una articulación trabajosa y tensa de aproximaciones narrativas, comparativas y analíticas al estudio de lo socio-histórico. En razón de lo específico del tema a tratar e intentando aproximarme a lo que bien podría ser considerado un *experimentum crucis*, selecciono como objeto de análisis un texto de su ingente producción intelectual que plantea especiales dificultades de lectura, como se podrá comprobar a lo largo de la exposición.

El texto al que me refiero fue publicado en 1921 por primera vez bajo el título «la ciudad» en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* y reapareció en *Economía y Sociedad*, en la sección dedicada a la sociología de la dominación bajo el título «La dominación no legítima (tipología de las ciudades)» (Weber 1969: 938-1046). Se trata de un extenso trabajo que en castellano también ha sido publicado como libro autónomo (Weber 1987), perteneciente, dentro de la periodificación que Mommsen (1981: 213 ss.) propone para los trabajos históricos de Weber, a la segunda época dominada por la utilización cuasi-compulsiva del método comparado ². Ha sido objeto de múltiples comentarios monográficos centrados tanto en sus propuestas sustantivas como en su especificidad metodológica ³ y está reconocido como un texto de enorme interés ⁴ sustantivo por la información que proporciona, pero también especialmente oscuro y desvertebrado que, en razón de lo que Elías (1982: 35-6) denominaba el «comparatismo extensivo» de su autor, parece errar sin sentido por continentes y siglos de historia humana a la caza de

peculiaridades del mundo urbano. Me parece especialmente relevante justamente por estas razones: su enorme interés sustantivo desde un punto de vista histórico-sociológico, su apuesta desmedida y sin tasa a favor de la comparación y su inmediata oscuridad, que necesita ser despejada. Intentaré reconstruirlo atendiendo a sus especificidades metodológicas y situándolo en el marco de los problemas metodológicos y textuales que arrastra consigo la sociología histórica que en él se anuncia⁵.

Por el título del epígrafe de *Economía y Sociedad* parece que el texto trata del problema de la «Dominación no legítima» o por usurpación y que al hilo de esa problemática se abre a una indagación histórica sobre la ciudad que se concreta en una compleja tipología urbana. Un problema exclusivamente político y una tipificación de la ciudad en la historia: tales parecen ser los centros exclusivos de atención del texto. Me pregunto si esto basta para caracterizarlo y hacerlo inteligible. A mi entender no basta y alego una doble razón.

La primera se refiere a la problemática de la dominación no legítima: es claro que la preocupación política es máxima y dominante en el texto, pero también lo es que aparece al lado de temas y problemas de otro orden, entre los que es fundamental el genérico del capitalismo y, especificando más, el de la relevancia de la ciudad en el surgimiento del capitalismo. La segunda hace referencia a la tipología urbana: está claro que se trata de un tema central y que estructura todo el texto, pero también ha de quedar claro que Weber no se limita a proponernos, sin ir más lejos, una tipología histórica de las ciudades; la suya no es tan sólo una labor clasificatoria.

¿Cuál es pues su centro de interés? ¿Por qué Weber se introdujo en esta larga y difícil investigación histórico-sociológica? ¿Es simplemente una muestra más de su erudición en el campo del saber histórico sin especial proyección sobre el resto de su obra? Éstos son los interrogantes que se podrán resolver al final del camino que ahora se emprende. Lo que ha de quedar claro desde el inicio es que el texto que nos interesa no muestra a las claras y a un primer vistazo sus cartas.

Para ir aclarando las cosas, entremos ya en el problema de orden metodológico que justifica la atención que se le brinda. Una lectura incluso apresurada muestra que no estamos

ante un texto narrativo que se dé a contar, siguiendo la flecha del tiempo, las características de las ciudades en la sucesión histórica. No es, pues, una historia (narrativa) de las ciudades al modo de la historiografía del XIX. También es evidente que no estamos ante un texto analítico que proponga una teoría sociológica de las ciudades rebosante de contenido histórico. Estamos, por el contrario, ante un texto de arquitectura muy específica: en él domina la comparación y lo hace de forma muy visible, obvia para cualquier lector. ¿Significa esto que estamos ante la comparación en estado puro y que las otras variantes discursivas carezcan de presencia o sólo la tengan de forma testimonial? No: a mi entender, la correcta comprensión de este texto, de las tesis que en él propone Weber, sólo se logra si consideramos la copresencia de las otras variedades discursivas sin descartar la que aparece más oculta, la puramente narrativa.

Ésta es la hipótesis de lectura que lanzo y en función de ella estructuro la exposición en tres partes. Una primera está centrada en la lógica de la comparación; la otra en la estrategia analítica weberiana; la última en su trama narrativa. Es evidente que según se pasa de lo primero a lo segundo y de esto a lo tercero nos desplazamos de la superficie más visible del texto hacia niveles cada vez más ocultos. Pero ocultación no significa irrelevancia. Lo que al final se verá es cómo tan sólo la copresencia de las tres estrategias permite dar cuenta de este trabajo crucial de la sociología histórica clásica; y esto es así a pesar de su apuesta decidida por una de ellas y de su textura decididamente comparativa.

1. Lógica del método comparado: la estrategia weberiana de la comparación extensiva y singularizante

Sartori (1971: 6) propone sensatamente que a la hora de analizar un texto que opta por la comparación hay que fijarse en el modo en que resuelve los tres problemas de fondo con los que se enfrenta: ¿qué comparar?, ¿cómo hacerlo? y ¿para

qué? Centrándonos en este texto de Weber se puede esbozar unas primeras respuestas: lo que se comparan son ciudades a lo largo de la historia; se hace mostrando sus diferencias y semejanzas; y el fin buscado es hacerlas en sí mismas inteligibles y convertirlas en base de inteligibilidad de algo que las desborda y que, como se verá, no es otra cosa que el peculiar destino histórico de Occidente. Pero vayamos por partes y abordemos una a una la contestación concreta a esos interrogantes.

El primer tema es el objeto de la comparación. He adelantado que se trata de estudiar la ciudad a lo largo de la historia. Eso está claro para cualquier lector y fija el material empírico-historiográfico que hace posible su escritura. La información que utiliza Weber es desbordante. Y lo es tanto que parece tener sentido en sí misma, de forma que cualquier apunte adicional sobre peculiaridades propias de las ciudades en la historia mundial debería tener su espacio en el texto, ser atendido, etc. Es como si la erudición histórica o la recopilación exhaustiva de información tuvieran sentido en sí mismas.

¿No hay, pues, ningún principio selectivo que discrimine lo relevante de lo irrelevante? Sí lo hay, aunque no aparezca inmediatamente en la superficie, sea complejo y no siempre sea respetado. Y lo hay porque es evidente que Weber se interesa por la estructura de las ciudades en la historia y que al hilo de ese interés centra su atención en sus más variados aspectos institucionales: económicos, políticos, jurídicos, religiosos, culturales, estructura de clases o estamental, etc. Desde este punto de vista, la indagación comparada sobre la ciudad es selectiva en el sentido de que, falta de interés por los tradicionales acontecimientos político-militares, centra su atención en la estructura institucional del mundo urbano a lo largo de siglos de historia. Ahora bien, hay más: son muy visibles otros dos centros de atención. En efecto, por un lado, es absolutamente decisiva en el texto la comparación de los procesos de constitución, desarrollo y crisis de las ciudades (en algunos casos con un grado elevado de precisión, como en el de Venecia) (Weber 1969: 977-82). Y, por el otro, se hace también crucial la contextualización del análisis, es decir, la ubicación de las ciudades en marcos sociales más amplios (estatal, inter-estatal, económico, cultural) cuya misión es hacer inteligible su estructura y los

procesos de cambio que sufre. Así pues, el riquísimo material histórico está sometido a una triple selección que podemos denominar estructural, genético-dinámica y contextual. Weber utiliza, pues, un cedazo que selecciona lo que es atendible y relevante, discriminándolo de lo que es puramente anecdótico y debería ser orillado. Por lo menos, tal es la matriz de construcción del texto.

Si éste es el objeto de la comparación, el interrogante que surge inmediatamente es ¿cómo opera, es decir, cómo se compara lo que ha sido seleccionado? No creo exagerar si adelanto que se hace de tal manera que provoca la desesperación y desorientación del lector. La razón es que el proceso comparativo parece errático (se pasa de unos temas a otros sin explicar por qué), es potencialmente infinito (nunca parece que se ha llegado a una conclusión definitiva), hay continuos saltos en el tiempo, se mezcla lo que parece irrelevante con lo que resulta claramente sustancial, etc. Esta impresión no es desdeñable; más bien resulta sintomática. Y lo es porque es la impronta que deja en el lector la metodología implícita de Weber. Intentaré desentrañarla atendiendo tanto al significado weberiano de la comparación, como a los límites del análisis comparado y al nivel lógico del material que se procede a comparar.

Nuestra idea intuitiva de la comparación (que puede estar por detrás de algunas de sus codificaciones metodológicas) es simple: mostrar las semejanzas de lo semejante y las diferencias de lo diferente. Es evidente que es también la de Weber, pero administrada de manera más compleja e interesante. En realidad, lo que propone es mostrar hasta qué punto lo que es diferente (Ciudad antigua y medieval, por ejemplo) es semejante y hasta qué punto lo que es semejante (Ciudad medieval del Sur y del Norte, por ejemplo) es diferente. En razón de ello, toda muestra de diferencias es provisional hasta que no se alcance el plano de la semejanza, momento en el que el proceso de indagación se reorienta de nuevo hacia la diferencia. Esto convierte al texto en potencialmente infinito, pues no parece que debiera haber ninguna estación de descanso o destino final: la dialéctica de la diferencia y la semejanza parece destinada a ser un Ulises sin Ítaca.

Pero el juego no se lleva hasta estos extremos. Weber alcanza aparentemente el objetivo

buscado cuando llega a la singularidad histórica: las características individuales e irrepetibles de una situación histórica ubicada espacio-temporalmente. Ejemplos serían Atenas en los tiempos de Pericles, de Clístenes, o Roma en tiempo de los Gracos: un espacio urbano concreto, con instituciones peculiares y dominado por la personalidad política de líderes también singulares⁶. Parece así que el objetivo es siempre la diferencia y que, en pos de ella, Weber se convierte en un historiador erudito siempre atento al rasgo que hace de un conjunto de hechos históricos un momento irrepetible de la historia de la humanidad.

¿Es entonces Weber un anticuario de la ciudad que acumula miles de detalles historiográficos en pos de la singularidad del mundo social-histórico? No hay duda que ésta es la impresión a la que llega el lector, atrapado en su inclemente máquina de erudición histórica. Pero si el lector no desespera y atiende cabalmente, encuentra algo que rebasa esos estériles límites. Pues, en efecto, es firme en su recorrido por la historia la idea de que lo es que es singular e irrepetible es también, o puede resultar, inteligible. No hay que quedarse en la simple descripción de lo único, sino que se puede ir más allá hacia un tipo de observación que hace inteligible lo particular sin negarlo en sí. La manera de acceder a ese nuevo estrato de lo histórico-social es obvia: por medio de construcciones intelectuales que no tienen la pretensión de calcar la realidad, de mostrar su esencia, sino de hacerla inteligible o, dicho en las palabras de uno de sus textos de reflexión metodológica, «de conferir un orden al caos de aquellos hechos que hemos incluido en el ámbito de nuestro interés» (Weber 1984: 143). Son los tipos ideales y son, pues, éstos los que intervienen en la comparación.

En efecto, Weber no sólo compara casos históricos singulares, sino también lo que denomina tipos. Y lo hace de dos maneras: comparando tipos entre sí (por ej.: ciudad oriental y occidental) o comparando los tipos con los casos históricos que son subsumibles en ellos (por ej.: Colonia y la ciudad medieval). Esos tipos son tipos ideales. No puede extrañar que aparezcan en la arquitectura profunda de un texto weberiano, pues sabido es que definen sus señas diferenciales de identidad metodológica. Debería, pues, estar claro en qué consisten, pero lo que ocurre es exacta-

mente lo inverso: los desacuerdos menudean tal vez porque el mismo Weber, que tanto insistió en esta estrategia metodológica, no dejó nunca claro o en una formulación definitiva qué entendía por aproximación típico-ideal. No entraré ahora de lleno y en profundidad en los debates weberiológicos sobre el tipo ideal⁷, pero como no puedo evitar el tema, lo aproximaré en el plano de análisis en el que estamos situados. La pregunta se hace así muy concreta: ¿qué y cómo son los tipos ideales tal como aparecen en este texto?

Aparecen en tres variantes fundamentales: a) Como tipos basados en generalizaciones empíricas: en este caso se toman en consideración ciertos rasgos que se muestran comúnmente y se apuesta por la probabilidad de que ese rasgo se muestre en un universo. El análisis mostrará si ello ocurre o no. Las cláusulas recurrentes son «por lo general», «normalmente», etc. b) Como tipos ideales propiamente dichos que muestran una construcción ideal y dotada de un máximo de inteligibilidad en relación a la cual las distintas realidades empíricas se desvían. Son tipos cuyo valor es puramente heurístico y que hay que justificar teóricamente, es decir, aducir las razones que hacen legítimo el principio selectivo por el que se ha optado para construirlos. Contrastados con la realidad histórica, ésta mostrará que lo histórico-concreto es la combinación de múltiples tipos ideales, es decir, que es heterogénea en su inmediatez. c) Como algo situado indecisa-mente entre ambas posibilidades, siendo así mezcla de generalizaciones empíricas y de construcciones intelectuales.

La diferencia entre las dos variantes fundamentales es de nivel lógico. Mientras en la primera se procede en términos de inducción y generalización histórica, en el segundo se procede en términos de construcción propiamente dicha, desconfiando así de las puras inducciones y las generalizaciones empíricas. Ahora bien, hay algo común a ambas y es que en ningún caso se pretende que las tipificaciones sean reflejo o calco socio-historio-gráfico de nada. De ahí que la comparación que los utiliza acabe siempre por mostrar en lo histórico-concreto grados de desviación o heterogeneidad y concluya subrayando su singularidad. La inteligibilidad de la historia no se hace así incompatible o contradictoria con la afirmación, muy arraigada en Weber y la tradición de

la historiografía del XIX, del carácter singular de lo socio-histórico.

Fijados ya el qué y el cómo de la comparación, hay que adentrarse en la determinación de su finalidad. ¿Para qué procede Weber a una comparación compulsiva de las formas de la ciudad en la historia? Se anunciaba antes: el fin buscado consiste en ordenar el universo estudiado, hacerlo inteligible y eventualmente hacer también inteligible aquello para lo que ese universo es relevante y por lo que ha sido seleccionado.

La tarea de ordenar el material estudiado es la parte más visible del texto. Tiene dos objetivos: por un lado, ordenar estructuralmente las ciudades; por el otro, ordenar los procesos históricos que se sitúan en su génesis y transformación. Hay pues, una ordenación lógico-estructural que es el punto de partida de otra de tipo genético-histórico. Si en el primer caso se nos dice qué tipos de ciudad ha habido en la historia, en el segundo se nos hace inteligible cómo han surgido y cómo han dado lugar a novedades que las han transformado. Presentaré lo característico de ambos casos.

La ordenación estructural se logra en dos pasos sucesivos. En primer lugar, se fija el concepto trans-histórico de ciudad, tarea fundamental ya que permite distinguir lo que propiamente ha de ser considerado como tal en la historia, de lo que, siendo muy semejante, no lo es propiamente. El segundo paso consiste en establecer el conjunto de criterios históricos que permiten diferenciar tipos de ciudades. La labor es, pues, sencilla, clásica, aristotélica: definir el género ciudad y distinguir en su seno sus especies históricas. Evidentemente, la labor primera es condición de posibilidad y llave para la segunda, pues sólo si se sabe qué es propiamente una ciudad puede proponerse cuáles son sus variantes significativas.

El primer párrafo del texto se adentra en esa labor de definición genérica, constituyendo una muestra desesperante de lo que se planteaba anteriormente: escudado en una desbordante erudición histórica, Weber se solaza en dar vueltas y revueltas en cuyo curso propone, contrasta históricamente y muestra las posibles variantes de los criterios utilizables en este campo. Al final, el exhausto lector recibe una propuesta que permite definir el género típico-ideal de la ciudad a lo largo de la historia. Atendamos a sus propuestas concretas:

«Hablaremos de “ciudad” en sentido *económico* cuando la población *local* satisface una parte económicamente esencial de su demanda diaria en el mercado local y, en parte esencial también, mediante productos que los habitantes de la *localidad* y la población de los alrededores producen o adquieren *para colocarlos* en el mercado. Toda ciudad en el sentido que aquí damos a la palabra es una “localidad de mercado” [...] Pero, administrativamente, [...] la ciudad, lo mismo en la Antigüedad que en la Edad Media, dentro y fuera de Europa, constituye una clase especial de fortaleza y *guarnición* [...] No toda “ciudad” en sentido económico ni toda fortaleza [...] constituye un “ayuntamiento” [...] Para ello era necesario que se tratara de asentamientos de un carácter industrial-mercantil bastante pronunciado, a los que correspondían estas características: 1) la fortaleza, 2) el mercado, 3) tribunal propio y derecho, por lo menos parcialmente, propio, 4) carácter de asociación y unido a esto, 5) por lo menos, una autonomía y autocefalia parcial, por lo tanto, administración por autoridades en cuyo nombramiento los burgueses participaban de algún modo» (Weber 1969: 939, 945, 949).

Los criterios definatorios son claramente tres: una ciudad es siempre un asentamiento (permanente) de *mercado*; una ciudad ha sido (históricamente) un *recinto fortificado*; una ciudad ha sido (típicamente) un *ayuntamiento*. Así pues, la conjunción del asentamiento de mercado, el recinto fortificado y el ayuntamiento⁸ constituyen sus diferencias específicas frente a otras formas de asentamiento económico, militar y político en la historia. Es evidente que son heterogéneos: económicos, administrativo-militares y jurídico-políticos. Lo que inicialmente no deja claro Weber es cuál es la razón de centrar la atención en esos criterios y en su combinación. ¿Por qué esos y no otros? ¿Por qué su específica combinación? ¿Son resultado de una análisis puramente semántico-empírico: lo que significa ciudad en el lenguaje y/o lo que nos muestra la evidencia empírica? Habrá que aparcar por ahora la contestación a estas preguntas, ya que sólo se puede alcanzar cuando se va más allá de la pura comparación y nos adentremos en la analítica y la narrativa del texto weberiano.

Está claro, por otro lado, que el alcance histórico de los criterios seleccionados es también

muy distinto: el primero abarca la historia pasada y presente (las ciudades fueron, y siguen siendo, asentamientos de mercados), mientras que el segundo y tercero están circunscritos históricamente (no son aplicables a las ciudades después de la época moderna, salvo casos marginales). Si esto es así, entonces el concepto de ciudad, aparentemente trans-histórico, no se puede aplicar a la ciudad sin más (¿son ciudades en sentido weberiano las ciudades actuales?), ni al conjunto de la historia (en la Europa occidental a partir del XVIII las ciudades dejan de ser recintos amurallados), sino sólo a una parte de la historia. ¿Qué parte de la historia?; más relevante aun: ¿la historia de qué o quién? Veremos en su momento que se está refiriendo a la historia pre-contemporánea de Occidente. Por lo tanto, la propuesta ordenadora de Weber promete más de lo que cumple: no es aplicable sin más fuera de coordenadas espacio-temporales precisas.

Esta particularización espacio-temporal es tanto más relevantes cuanto que si se atiende a la definición weberiana y, por lo tanto, identificamos a la ciudad por la conjunción del mercado, el recinto fortificado y el ayuntamiento, resulta que no ha habido propiamente ciudades en Oriente, ya que en este caso ha faltado propiamente uno de los criterios cruciales: la autonomía político-jurídica de los asentamientos urbanos⁹. Podemos así concluir que la acotación de la semántica de la ciudad es aun más claramente restrictiva, sesgada; resulta incluso etnocéntrica.

¿Qué razones se aducen para justificarla? Weber nunca la justifica explícitamente¹⁰. Ahora bien, y según podremos comprobar, es lo que con Kermode (1983) podríamos llamar el sentido de un final, es decir, un motivo puramente narrativo, lo que explica sus sesgos. Ese final al que lleva la historia, y que está dominando la semántica y tipología de la ciudad, es claro porque domina la entera obra weberiana: la especificidad de Occidente y el papel estratégico de la ciudad occidental en la génesis crucial del capitalismo, el derecho y el Estado racionales¹¹. Más adelante habrá ocasión de comprobarlo.

Pero pasemos a la tipología de las ciudades históricas. Los tipos que propone tienen estatuto muy distinto. En unos casos son puras generalizaciones empíricas de base espacial (ciudad china, egipcia, india, francesa, españo-

la, etc.). En otros parecen aproximarse al estatuto del tipo ideal. Son los que interesan. En este sentido, los tipos en los que se centra el texto son *Ciudad Oriental, Occidental, Antigua, Medieval, del Sur, del Norte*. Están genéticamente y lógicamente relacionados. Genéticamente porque parece que la ciudad occidental emerge como diferencia en relación a algo que la había precedido en el tiempo, la ciudad oriental; a su vez, en el tipo de la ciudad occidental se suceden la ciudad antigua y la medieval, la cual, a lo largo del tiempo, conoce el surgimiento de dos tipos también sucesivos, la ciudad medieval del sur de Europa y la ciudad del centro y del norte. Pero está también emparentados en términos lógicos desde un punto de vista que va de lo más genérico a lo más concreto. Y así, en el nivel más genérico se sitúan tipificaciones ideales trans-históricas como la ciudad oriental y la occidental. En un nivel de mayor especificidad se sitúan las ciudades antigua y medieval. Y ya en un nivel de alta concreción histórica, las dos variantes de esta última: la ciudad del sur y centro-nord-europea.

Este doble nivel de relación es fundamental para comprender la doble lectura que permite la tipología de Weber. Se trata de una tipología que es tanto *sistemática* como *genética*. En ambos casos se utilizan las mismas variables para distinguir los tipos. Esas variables se utilizan como variables nominales clasificatorias en el primer caso: generan un cuadro de posibilidades lógicas que se puede rellenar con el material histórico, sin indicar ningún recorrido temporal. Por el contrario, se utilizan como bifurcaciones históricas en el segundo: suponen implícitamente la presencia de una encrucijada o situación coyuntural que ha abierto un camino histórico innovador. Es evidente que se relacionan con algo que va más allá de los tipos y se encamina hacia los procesos y, en términos discursivos, hacia la narración.

Las variables utilizadas para construir los tipos son especificaciones de los criterios utilizados para definir típico-idealmente a la ciudad. Y son especificaciones porque hacen referencia a aspectos de la vida urbana relacionados con las actividades económicas o con la institucionalización de las actividades político-militares, es decir: los criterios cruciales para definir el género ciudad. Se pueden reconducir a las tres variables siguientes:

- La existencia (o no) de la ciudad como entidad jurídica autónoma, dotada de autocefalia y afirmada, en relación a cualquier poder extraurbano, como poder ilegítimo. Esta variable podría ser denominada: *AU*tonomía ¹².

- La actividad predominante dentro de la ciudad, según sea un asentamiento de propietarios de tierras que practican la guerra de botín o comerciantes y artesanos que practican la guerra defensiva: *AC*tividad ¹³.

- La relación socio-económica entre la ciudad y el entorno rural, según sea o no un asentamiento de estamentos exclusivamente urbanos no reconocidos como iguales por los estamentos extraurbanos: *AS*entamiento ¹⁴.

Se consideran, pues, tres variables que, por economía argumentativa, paso a denominar Autonomía (*AU*), Actividad (*AC*) y Asentamiento (*AS*). Si distinguimos en cada caso dos situaciones (+ = presencia de la variable; - = ausencia de la variable) entonces podemos construir los tipos y especificaciones tipológicas que aparecen en el cuadro siguiente (cuadro 1) que pretende ordenar el ingente material con el que trabaja Weber en este y otros textos históricos en los que se aborda el problema histórico de la ciudad:

El mapa tipológico es simplemente tentativo e intenta reconducir a una matriz simple la ingente información, las consideraciones y reconsideraciones que Weber hace a la luz a lo largo de este y otros textos en los que se aborda el problema de la ciudad. Los tipos tienen, por otro lado, distinto estatuto lógico, yendo desde tipos muy abstractos (ciudad oriental en general) a tipos más concretos (la *polis* ateniense en tiempos de Pericles). Está claro, además, que el mapa está dinamizado por una relación de inversión lógica de las notas que definen a los dos tipos polares: por un lado, la ciudad medieval nord-centro-europea, que se sitúa, aunque ciertamente con variantes relevantes, en el camino del capitalismo, y, por el otro, la ciudad oriental. Entre medias se sitúan los distintos tipos en los que faltan una o dos de las notas que caracterizan a la ciudad medieval del norte y centro de Europa. Evidentemente se trata de una pura organización lógica en la que el tiempo y el desarrollo concreto de la historia han desaparecido. Son pues, expresión de una aproximación exclusivamente estructural que habrá de ser compensada reintroduciendo el tiempo histórico.

Esta tipología sistemática va de la mano de otra de carácter genético que plantea la relación

Cuadro 1. Tipología sistemática de las ciudades: variables y tipos

VARIABLES:			TIPOS DE CIUDAD
AU	AC	AS	
+	+	+	Ciudad Medieval Centro-Nord-Europea
+	+	-	Ciudad Medieval Mediterránea
+	-	+	Ciudad Occidental Antigua (¿Atenas?)
+	-	-	Ciudad Occidental Antigua (Roma)
-	+	+	¿Ciudad China?
-	-	+	¿...?
-	+	-	¿Ciudad India?
-	-	-	Ciudad Oriental

AU = Autonomía: Ayuntamiento (+) vs ciudad con funcionarios estatales o señoriales (-).
 AC = Actividad dominante: Ciudad gremial (+) vs ciudad de propietarios rurales/soldados (-).
 AS = Asentamiento: Asentamiento de estamentos exclusivamente urbanos (+) vs asentamiento de estamentos urbanos y rurales (-).

de los tipos fundamentales a lo largo del tiempo histórico. Al igual que ocurre en otros textos de espesor histórico de Weber ¹⁵, encontramos también aquí un esquema que plantea el desarrollo histórico como una sucesión de bifurcaciones, uno de cuyos ramales supone la emergencia de una novedad histórica de gran trascendencia histórico-evolutiva. El siguiente cuadro (cuadro 2) recoge esa tipología genética:

La primera carece de autonomía jurídico-político-militar en razón de su sujeción a poderes externos, mientras que la segunda sí accede a ese nivel en razón de causas que difieren a lo largo de su historia. La tercera bifurcación enfrenta a dos variantes de la ciudad occidental. La primera es básicamente un gremio de pequeños propietarios de tierras que son guerreros autónomos dedicados a actividades de

Cuadro 2. Tipología dinámica de ciudades: variables y tipos

1. Primera bifurcación: de los asentamientos

- Aldeas y burgos señoriales.
- Ciudades.

2. Segunda bifurcación: de la ciudad

- Ciudad oriental.
- Ciudad occidental.

3. Tercera bifurcación: de la ciudad occidental

- Ciudad antigua.
- Ciudad medieval.

4. Cuarta bifurcación: de la ciudad medieval

- Ciudad medieval mediterránea.
- Ciudad medieval nord-centro europea.

Bifurcaciones históricas:

1. Mercado o fortaleza (aldeas y burgos señoriales) vs Mercado y fortaleza (ciudades)
2. Heteronomía (ciudad oriental) vs Autonomía (ciudad occidental)
3. Gremio de guerreros (ciudad antigua) vs gremio de artesanos y mercaderes (ciudad medieval)
4. Asentamiento burgués-señorial (ciudad del sur) vs asentamiento sólo burgués (ciudad nord-central).

Por lo que se presenta en el cuadro 2, la historia comparada muestra que ha habido cuatro bifurcaciones fundamentales en el desarrollo de la ciudad. En cada una de ellas se ha afirmado una novedad sin precedentes que, con el paso del tiempo, ha generado otras bifurcaciones, que a su vez han generado una novedad radical, etc., etc. La forma o esquema de la bifurcación se itera y domina el desarrollo histórico. En la primera bifurcación se contraponen las aldeas o burgos, que constituyen simples asentamientos de mercado o lugares fortificados, a las ciudades propiamente dichas que unen lo que hasta entonces estaba separado. La segunda gran bifurcación enfrenta los destinos de la ciudad oriental y la occidental.

pillaje tendentes a expandir espacial y humanamente (esclavos, siervos) el ámbito de su dominio, mientras la segundo está formada por gremios de artesanos y comerciantes que realizan una política exclusivamente defensiva para preservar su autonomía de las apetencias de los poderes estatales que se sitúan en su entorno. La cuarta y última bifurcación separa a las dos variantes de la ciudad occidental medieval: la del sur, en la que se asientan también los señores que tienen tierras y enclaves fortificados en el exterior del recinto urbano o incluso de las tierras comunales y la del centro-norte de Europa que está sólo habitada y administrada por los gremios y guildas, sin presencia en su recinto de los señores «feudales».

Hasta aquí llega la tipología sistemática y genética de las ciudades. Pero el texto, en su afán comparativo, no se limita a mostrar semejanzas y diferencias de tipos urbanos, sino que también compara, aunque de forma más limitada, procesos de transformación en el seno de esas estructuras. Esta comparación se desarrolla en distintos niveles de concreción histórica, pero en lo más relevante se adentra en el contraste de procesos típicos. En algunos casos, el texto se limita a esbozar esa comparación. En otros se desarrolla suficientemente, como ocurre cuando se comparan las derivas históricas que permitieron pasar de la ciudad de linajes a la ciudad plenamente autónoma¹⁶ o las distintas pautas de desarrollo de la ciudad democrática¹⁷ o incluso cuando se fija el modelo y las variantes del entero ciclo de surgimiento, esplendor y decadencia de la ciudad propiamente occidental. Dando cuenta de él, Weber resalta que las ciudades autónomas fueron siempre un *intermezzo* (Weber 1969: 1033) histórico que desembocó típicamente en la pérdida de la autonomía municipal a manos de un Estado poderoso. A pesar de las diferencias (la ciudad antigua desaparece a manos de un Imperio; las ciudades del sur a favor de pequeños estados; las del norte a favor de estados patrimonial-burocráticos), este destino común es de enorme importancia. Marca la tragedia de la historia de la ciudad que, como veremos, es fundamental en la narración implícita en el texto.

Alcanzamos así los límites de la estrategia comprada que, llegando casi al exceso, Weber pone en marcha en este texto hasta dominarlo punto por punto. Parece así, como ha comentado Antoni (cit. en Janoska-Bendl 1972: 54), que «la sociología se disuelve completamente en historia». La afirmación es desmesurada, pues si se atiende adecuadamente resulta que Weber deja entrever que la comparación no puede tener sentido en sí misma, no puede ser autosuficiente, sino que demanda algo que está por fuera de ella y constituye su eventual terreno de validación. Ese algo es tanto su objetivo como su fundamento y sólo lo puede proporcionar lo que comúnmente llamamos teoría, es decir, el específico modelo analítico que permite fundamentar los criterios utilizados para comparar y hacer inteligible lo que se ha ordenado utilizándolos. Hemos de entrar así en ese estrato del texto de Weber en el que la aproxi-

mación analítica al estudio de lo histórico hace su presencia.

2. La aproximación analítica al estudio de lo socio-histórico

Si el resultado de la comparación es doble (estructuras urbanas y procesos de cambio), la analítica de la ciudad ha de abordar ambos problemas. Por lo tanto lo que hay que indagar es, por un lado, cómo explica Weber la cambiante estructura de las ciudades que estudia a lo largo de la historia. La otra pregunta es obvia: supuesta la explicación de lo anterior, ¿cómo explica los procesos que se dieron en tales estructuras? Habrá que introducirse sucesivamente en ambos temas. Una vez resueltos, y atendiendo a las causas concretas que Weber aduce para explicar la estructura y dinámica de las ciudades en la historia, se podrá abordar la reconstrucción del complejo modelo analítico que tiene en mente conectando así con las propuestas de la weberología más solvente. Es evidente, por lo demás, que ese modelo analítico desborda el material sobre la ciudad para tener una proyección sobre el conjunto de su sociología histórica.

El punto de partida es, pues, dar cuenta de las diferencias que Weber ha encontrado en la historia de la ciudad: sus variadas estructuras institucionales. En esta tarea de explicación, el centro de atención es la variable en la que ha insistido tanto a la hora de definir el género ciudad como al fijar las bases para distinguir sus tipos: la autonomía urbana. Pero siendo la tarea central, no es la única. Queda la explicación de las otras dos variables decisivas en las tipologías sistemática y genética: la actividad preferente y el asentamiento estamental diferencial.

Al explicar la emergencia de la autonomía municipal Weber apuesta por una batería de causas (internas y externas) ninguna de las cuales es suficiente, pero cuyo concurso define sus condiciones de posibilidad. Se pueden reconducir a tres: situación de interés, ausencia de tabús de trato entre los conciudadanos y ausencia o debilidad del poder político-estatal extraurbano. Me limitaré a proporcionar una muy sintética reconstrucción de este modelo explicativo.

El punto de partida es una situación de interés. Weber la aduce mostrando que la existencia de burgos fortificados en los que se ha asentado un mercado genera en los allí localizados una situación de «interés común» (ibid.: 957) que puede dar lugar a una acción socializadora que se concrete en la creación de instituciones comunes, instituidas expresamente y dotadas de autonomía. Estamos ante una explicación endógena y basada en el modelo de acción racional. Ahora bien, la situación de interés abre simplemente la posibilidad de que se desarrolle una acción socializadora. Que esa posibilidad se actualice o no dependerá de las otras variables que pueden facilitarla, obstaculizarla o incluso impedirla. Es aquí donde interviene otra variable importante en la explicación weberiana: la ausencia de «toda vinculación mágico-animista de castas y clanes, con sus correspondientes tabús» (ibid.: 959) de trato entre los miembros del grupo heterogéneo que está en una misma situación de interés. El argumento es que si por razones de distintos tipo (persistencia de lazos familiares excluyentes, organización en castas o estamentos con estatutos diferenciados) existen tales tabús que impiden el *commercium* y el *connubium* entre conciudadanos, entonces se bloquea la posibilidad de que la situación de interés compartido dé paso a la creación de nuevas instituciones urbanas. Tales tabús de trato pueden impedir totalmente la acción socializadora (caso de la India) o pueden limitar su extensión (caso de las ciudades antiguas en razón de la diferencia estamental entre el ciudadano libre y el esclavo). Si no existen, crean una situación especialmente propicia, como ocurrió en el caso de la ciudad medieval cristiana. Con todo, el cumplimiento de esta condición no es suficiente, sino que se precisa una condición adicional: la ausencia o fragmentación de un poder político externo a la ciudad que, gozando del monopolio de los medios de coacción, impida su autonomía¹⁸. En el caso de China ese poder existía, lo que bloqueó la posibilidad de ciudades políticamente autónomas. En el caso de la ciudad antigua ese poder estaba ausente o era muy lejano. En el caso de la ciudad medieval (salvo parcialmente en algunas ciudades italianas, donde también estaba ausente) se dio una situación de fragmentación o de impotencia administrativa de los poderes constituidos en relación a

los enclaves urbanos. En este caso, tan importante como su relativa impotencia o fragmentación fue la creación de una situación de interés fiscal que llevaba a que los estados patrimoniales relativamente débiles del momento estuvieran interesados en fomentar la creación de las ciudades y en concederles privilegios corporativos a cambio de los beneficios esperados¹⁹.

Explicada así la autonomía con una batería de causas internas y externas a la ciudad misma y en la que se combinan razones de interés, socio-culturales y político-militares, Weber procede también a dar cuenta de las diferencias en términos de lo que he denominado antes actividad dominante. En este caso el problema es dar cuenta de la diferencia entre la ciudad antigua y la medieval. La primera es, como se ha visto, un gremio de guerreros-propietarios agrícolas que viven de sus rentas agrarias y del pillaje guerrero. La segunda es típicamente una corporación organizada por gremios de artesanos y guildas de comerciantes y que, por lo tanto, consiguen sus rentas de sus actividades productivas y mercantiles. La razón principal aducida por Weber para explicar esta diferencia no es sino una especificación de una de las variables anteriormente analizadas. Tiene que ver, no con la lógica autónoma de la ciudad, sino con su lógica contextual: la potencia militar relativa de los poderes políticos externos en el momento de constitución de la ciudad. Si esos poderes no existen o son más débiles que los que están a disposición de los ciudadanos armados, entonces la ciudad se constituirá como un núcleo de asentamiento urbano que se expande por un territorio del que sus habitantes obtienen rentas agrarias y, consecuentemente, como un núcleo guerrero tendente a la expansión militar, a la conquista de tierras, bienes y hombres-esclavos. En razón de ello se consolidará como un gremio de guerreros propietarios de tierras, botines y esclavos. El caso contrario se encarna en la ciudad medieval que surge en un momento en que hay otros poderes constituidos que son tan fuertes como ella o incluso algo más. En razón de esto, no se puede expandir sobre el territorio, ni vivir del pillaje y ha de limitar su actividad a la producción de bienes y su comercialización²⁰.

Resulta así que a la hora de dar cuenta de las variaciones en la actividad dominante –lo que

es de enorme relevancia en términos histórico-evolutivos— Weber recurre a una explicación contextual (características del entorno extraurbano) y de orden político-militar. A un orden de explicación muy semejante recurre cuando intenta dar razón de las diferencias en términos de lo que he denominado asentamiento. Se trata, sin duda, de la variable que menos aclara a pesar de ser decisiva en su argumentación. La diferencia que muestra se hace crucial en el contraste entre las ciudades del sur y del norte-centro de Europa. Las primeras son el asentamiento típico de caballeros que poseen casa en la ciudad, pero también asentamientos fortificados en el campo y mantienen lazos estamentales con los caballeros de otras ciudades. Las primeras son exclusivamente el asentamiento de estratos burgueses sin ningún vínculo estamental con otros estratos extraurbanos. ¿Por qué se dieron estas diferencias? Parece que también en razón de diferencias contextuales. Los poderes extraurbanos estaban más fragmentados o eran menos potentes en el sur que en el centro y norte de Europa. En razón de ello en el norte y centro las ciudades surgieron típicamente en virtud de concesiones reales o señoriales por motivos básicamente fiscales y como enclaves exclusivamente burgueses. Las bases de poder de la nobleza estamental estaban sólidamente establecidas en el medio rural y los reyes se apoyaron en las ciudades para contrarrestarlas. Un caso peculiar y muy específico en este sentido lo representa la Inglaterra medieval ²¹.

Tenemos así el modelo explicativo de las diferencias estructurales que muestran las ciudades a lo largo de la historia: es multicausal y acepta variables internas y externas al objeto explicado. Queda ahora por especificar el modelo analítico que da cuenta de los procesos de transformación histórica que sufrieron esas estructuras. Evidentemente, está muy relacionado con lo anterior ya que lo que se acaba de reconstruir muestra también de qué forma ciertas variables estratégicas se sitúan en el proceso de génesis de las ciudades. En este caso, con todo, lo que ha de explicar Weber es la deriva de las ciudades una vez constituidas en razón de las condiciones coyunturales específicas. De aquí que haya que distinguirlo del anterior.

Como se comprobó en páginas anteriores, Weber tiene la pretensión de que en el interior

de los distintos tipos de ciudades que le interesan especialmente (las occidentales) se dieron procesos dinámicos típicos y compartidos, en los que, con todo, afloran algunas variantes. Lo interesante de esos análisis es que muestran tres niveles analíticos diferentes para abordar el cambio social en el interior de las comunidades urbanas: la genérica dinámica autónoma de la ciudad, la relevancia del conflicto estamental que era típico en cada caso y, por último, la causa que, según se ha comprobado, tiene un gran protagonismo en toda su argumentación, es decir, la acción de los poderes estatales extraurbanos. Presentaré, de nuevo, de forma muy sintética sus argumentaciones.

Por un lado, Weber presenta los cambios que se operan en el interior de la ciudad como resultado de una dinámica autónoma de la ciudad que se desarrolla según la siguiente secuencia: ciudad de linajes, *sinoiquismo* o *conjuratio* que crea su autonomía político-jurídica, democratización (en grados variables), seguida de una expansión político-económica y, por último, crisis final que comporta su desaparición. Es la coexistencia de distintos grupos de interés, con específicas capacidades militar-económicas, la que explicaría esta dinámica autónoma y genérica de la ciudad ²². En el marco de esa lógica autónoma de desarrollo se dan diferencias según el tipo de ciudad en razón de las características específicas del conflicto estamental o de clases que le sea propio: acreedores frente a deudores y conflictos de subsistencia en la ciudad antigua; conflictos entre nobleza urbana y burguesía en las ciudades del sur; conflictos entre gran burguesía y pequeños artesanos gremiales en las ciudades del sur y del norte (ibid.: 1025 ss.). Todo esto domina el concreto resultado final: el tipo de ayuntamiento emergente, las características de la democracia urbana, su política fiscal, etc. A esto se agrega la interferencia sobre la dinámica autónoma de la ciudad de los procesos políticos extraurbanos. En razón de esta lógica contextual, a partir de un mismo tipo de ciudad se pueden dar configuraciones diferentes: por ejemplo, el feudalismo francés fue distinto del inglés (lo que se puede proyectar en términos de las diferencias que separaban a los estados patrimoniales de los distintos puntos de Europa) y esto llevó a la configuración de ciudades que fueron también relativamente diferentes en la Edad Media y, sobre todo, dio lugar a

diferencias muy relevantes en su dinámica a largo plazo.

Obtenemos así el modelo analítico que Weber construye para dar cuenta de los procesos de cambio en la ciudad y que casa plenamente, en sus características formales y de contenido, con el que le ha permitido explicar su variación estructural a lo largo de la historia. Es posible ahora abstraerlo para fijar en forma de un modelo de ámbito más general en qué consiste la analítica weberiana de la historia, cuáles son sus peculiaridades, en qué difiere de, y qué agrega a, lo que anteriormente se ha visto como propio de su método comparado. Para hacerlo me apoyaré en los trabajos de distintos estudiosos del problema de la historia en la sociología weberiana.

La práctica analítica real o en uso de Weber puede ser reconducida a un modelo típico-ideal que tiene la virtud de presentarla como si fuera una estrategia. Ésta definiría cómo se ha de operar analíticamente para dar cuenta de un material histórico de la envergadura y complejidad del que proporcionan la historia de la ciudad, de las religiones, del poder estatal, etc. Si se atiende a lo que está implícito en lo reconstruido hasta ahora, entonces se puede codificar esa estrategia analítica como si constara de cuatro momentos o pasos, cuyo curso permitiría aproximar adecuadamente el problema de la inteligibilidad de lo histórico y alcanzar el nivel necesario para brindar lo que solía denominar una «explicación adecuada» (Kalberg 1994: 145). Tales pasos suponen dar por descontado lo que se ha podido comprobar como su propuesta firme: la separación de lo histórico-concreto, que es singular y desde este punto de vista irracional²³, y lo inteligible que se contiene y despliega en el tipo ideal. Si se acepta esto, entonces la inteligibilidad de lo histórico que proporcionan los tipos ideales se construye en los cuatro pasos siguientes. Primer paso: utilización de un modelo (o haz de hipótesis) típico-ideal adecuado al caso y caracterizado por mostrar la *lógica o estructura* de una situación, ser *dinámico* y fijar pautas de *desarrollo*; segundo paso: utilización de una *lógica contextual* que permita situar al modelo estructural, dinámico y de desarrollo en un entorno concreto en el que operan otros factores; tercer paso: recurso a una *lógica combinatoria* que ponga en contacto en términos de *afinidades electivas* a distintos modelos

típico-ideales que son pertinentes para el caso que se analiza; cuarto y último paso: atender a la dinámica histórica resultante conceptuándola en términos de *heterogonías positivas y negativas*, lo que permitirá dar cuenta de cómo se producen las novedades en la historia²⁴.

El primer paso es plenamente representativo de la aproximación típico-ideal. Consiste en construir un haz de hipótesis (idealizaciones o generalizaciones empíricas) que fijen la estructura característica de aquello que se pretende explicar sin pretender, desde luego, ni calcarlo ni agotarlo. Tal modelo estructural (el conjunto de instituciones típicas de la ciudad medieval, por ejemplo) se caracteriza adicionalmente por ser dinámico y apuntar hacia una prefiguración de su desarrollo en el tiempo. Kalberg lo ha destacado de una forma clara y ordenada²⁵. Es dinámico porque la estructura inteligible es construida tomando en consideración los conflictos que la caracterizan (entre caballeros y burgueses, por ejemplo)²⁶; en razón de esto, no se supone que un tipo ideal predetermine una situación armoniosa o de estancamiento. Y es desarrollista porque, como se comprobó, presupone que en el seno de lo típico-ideal se ponen en marcha cursos típicos de transformación que pueden ser reconstruidos en etapas e incluso pueden dar lugar a un ciclo completo (el ciclo de la ciudad o el ciclo del carisma, por ejemplo).

El segundo paso es también omnipresente: va más allá de la lógica y dinámica del tipo ideal para situar la historia del objeto en su específico contexto. Supone, pues, la apuesta por una lógica contextual²⁷ en la que se destaca que dos objetos históricos muy similares y, por lo tanto tipificables según un modelo idéntico pueden dar lugar a historias muy distintas en función de las características del contexto que pueden favorecer, entorpecer o impedir alguna de sus potencialidades (por ejemplo: el contexto político-militar extraurbano actúa en China como impedimento y en Grecia como favorecedor de las potencialidades de los asentamientos urbanos incipientes).

El tercer paso es también muestra ejemplar de la estrategia analítica de Weber. Apuesta por una lógica combinatoria o, dicho en una terminología que usó en alguna ocasión, por las indicaciones que proporcionan las afinidades electivas²⁸. Estas denotan una relación entre tipos ideales que se pueden predicar del

objeto histórico investigado. Esa relación puede ser entre tipos ideales en el interior de una misma esfera diferenciada (carisma y burocracia en el mundo político) o entre tipificaciones que corresponden a esferas distintas (religión y política). Esas relaciones pueden situarse entre dos tipos polares: de afinidad propiamente dicha, por un lado, o de oposición o repulsión²⁹ por el otro. En el primer caso se procede a una síntesis «química» de elementos heterogéneos, tremendamente productiva en términos históricos, cuya inteligibilidad la proporciona el concurso correspondiente de tipos ideales (ej.: la afinidad positiva de las religiones anti-mágicas y la comunidad urbana de culto: caso de Europa Occidental). En el segundo caso, la repulsión impide la estabilización de una situación (ej.: la interferencia de los tabús mágicos sobre la estabilización de una comunidad urbana: caso de la India). En cualquier caso, la estrategia consiste en atender a las distintas variantes de las afinidades electivas que se sitúan en alguno de los polos descritos o en algún punto intermedio entre ambos. La regla es una apuesta firme a favor de la lógica combinatoria entre tipos ideales.

El último paso conecta directamente con los resultados que la afinidad electiva produce sobre la historia. Weber recogió un concepto que había propuesto Wundt para dar cuenta de las diferencias en el decurso histórico entre las intenciones de los actores y las consecuencias de su acción –viejo tema, por lo demás, de reflexión de moralistas, filósofos de la historia y economistas modernos. Es el concepto de heterogonía o heteronomía de los fines³⁰ que tematiza justamente los casos en los que emergen consecuencias no intencionales de la acción o una causalidad desigual de los valores³¹. Desligado de la tradición de la filosofía de la historia ilustrada o del simplismo liberal, Weber destacó que la heterogonía no es sólo positiva (se genera de forma no intencional el mejor de los mundos posibles) sino también negativa (se genera de forma no intencional la ruina de un mundo de sentido)³². Es más, su pesimismo histórico lo llevó a resaltar como más relevante históricamente la segunda variante, lo que, como se podrá constatar más adelante, lo orientó también a conceder un primado especial en las narraciones históricas a la trama tradicional de la tragedia.

Queda así clarificada, codificada la estrategia analítica que caracteriza la práctica de

construcción de conocimiento de Weber. En ese marco es posible proceder a la explicación histórico sociológica, en cuyas concreciones no entraré³³. Es obvio, por lo demás, que esta manera de enfrentar el problema del cómo analizar algo presupone también una cierta ontología de lo social-histórico, concebido como heterogéneo (mezcla de múltiples tipos ideales), contingente (susceptible de derivas históricas dispares), precario (abierto a reorientaciones en razón de factores no predecibles) y, en última instancia, singular (no reconducible en su totalidad a ningún modelo de inteligibilidad).

Por último, es evidente que esta estrategia analítica no se puede reducir a (o derivar de) la estrategia comparada, con la que sin embargo se relaciona. Y es claro también que si las dos ya reseñadas son fundamentales para comprender cómo Weber construye el conocimiento en el caso de la historia de la ciudad, no son sin más suficientes. Sobre, al lado o por debajo de estas dos estrategias hay otra que tiene mínima visibilidad en el texto, pero que es crucial: la estrategia narrativa.

3. La aproximación narrativa de fondo

En el texto analizado la narración parece brillar por su ausencia y sin embargo su papel es central. Captar y dar razón de esta aparente paradoja que hace que lo ausente tenga una presencia decisiva es condición para hacerlo inteligible. Con este propósito habrá que hacer una aproximación cuidadosa que vaya poniendo paso a paso las piezas del *puzzle*.

El punto de partida es, como haría cualquier lector, la constatación de ausencia o marginalidad de la narración. En efecto, en términos claramente narrativos sólo se encuentran algunos ejemplos muy circunscritos y que cumplen un papel claramente subordinado. El más desarrollado es el que se refiere a la historia de Venecia (Weber 1969: 977-82), caso en el que aparece una narración muy sinóptica sobre su proceso histórico que va desde la disolución del Imperio Romano hasta su emergencia como gran potencia en la Baja Edad Media y

la Edad Moderna. Hay protagonistas, acontecimientos decisivos, resultados finales, etc., es decir, lo propio de cualquier relato historiográfico tradicional.

Explícitamente no hay más, a no ser mínimos retazos de acontecimientos menudos. Sin embargo, hay dos pistas que nos pueden poner en contacto con narraciones estratégicas y subyacentes que, en última instancia, podrían ser estructuradoras parciales, pero significativas, del texto. Una pista aparece circunstancialmente y hace referencia a la significación evolutiva del material que Weber está abordando. Otra pista —que se verá que es la decisiva— tiene que ver con una expresión y una contraposición: la expresión, a la que ya se hizo mención anteriormente, es *intermezzo*; la contraposición es *homo economicus vs homo politicus*, una contraposición que es lógica (típico-ideal), real (dos especímenes humanos contrapuestos) e histórica (que se sucede a lo largo del tiempo). Tanto la expresión como la contraposición aparecen en contextos argumentativos importantes, pero no se convierten en tema en el que Weber se ponga a profundizar. La imagen de la ciudad como *intermezzo* histórico aparece en el siguiente y muy escueto pasaje en el que comparando la autonomía de la ciudad antigua y medieval alude, sin mayor especificación, al «*intermezzo* de la autonomía urbana de la Edad Media» (ibid.: 1033). La contraposición, por su parte, aparece al hilo de la comparación de la democracia antigua y medieval, momento en el que se destaca que «la situación política de los burgueses de la Edad Media les señala el camino del *homo oeconomicus*, mientras que en la Antigüedad la *polis* mantiene en período de esplendor su carácter de asociación militar superior por la técnica militar. El ciudadano antiguo era un *homo politicus*» (ibid.: 1035).

Antes de entrar en la exploración de ambas pistas, hay que resaltar que tanto al apuntar a la significación evolutiva de la ciudad como al plantear su papel de *intermezzo* histórico o la contraposición entre los dos *homines* Weber sitúa la comparación y el análisis de la ciudad en el contexto de la historia universal. Y es en razón de esto por lo que lo histórico se convierte en un material que no sólo se puede comparar o analizar, sino que hay que reconstruir narrativamente en el marco de una historia que se desarrolla a lo largo del tiempo.

Por lo apuntado por la primera pista, parece que la historia de la ciudad tiene una significación evolutiva. Evidentemente, la evolución es un proceso de cambio social que se desarrolla a lo largo del tiempo. Basta con atender a los bien fundamentados argumentos de Ricoeur (1983-5) para intuir que todo proceso temporal es susceptible de ser incorporado a una narración³⁴. Tal ha sido el caso típico de las teorías clásicas de la evolución (variantes científicas de la teoría del progreso) que, en este sentido, aparecen como herederas de los macro-relatos de la filosofía de la historia y, en razón de ello, se estructuran como macro-narraciones cuyo sujeto es la humanidad o la sociedad humana.

Pues bien, que hay llamadas en las que se subraya la significación evolutiva de la historia de la ciudad es claro en el texto de Weber, como por ejemplo cuando se pregunta por «el lugar histórico-evolutivo especial de la ciudad medieval» (ibid.: 1024). Lo que ya es problemático es que tales llamadas desemboquen en un macro-relato evolutivo, variante de la teoría del progreso. Las llamadas aparecen cuando se pregunta por la significación histórico-universal de la ciudad y, más específicamente, de sus distintos tipos. Desde su punto de vista está claro que su papel es tremendamente significativo, pues sólo en la ciudad se hicieron a la luz algunas de las innovaciones cruciales en la evolución social. Más concretamente, en gran parte el legado de Occidente y sus típicos productos (el Estado, la empresa, el derecho racionales) surgieron en las ciudades³⁵. ¿Quiere decir esto que Weber presenta la ciudad medieval occidental como un estadio en una secuencia evolutiva o, más modestamente, que presenta los distintos tipos de ciudad como sucesivos estadios de desarrollo que unirían de forma necesaria la ciudad oriental con la ciudad industrial o post-industrial de nuestros tiempos?

La respuesta, en principio, es algo indecisa. Está claro, por un lado, que, desde un punto de vista evolutivo, la ciudad ha sido fundamental cara a la especificidad del destino de Occidente y, en razón de ello, tiene una profunda significación histórico-evolutiva. Está claro también que, siguiendo el esquema de la sucesión de bifurcaciones antes expuesto, se pueden reconstruir los tipos de ciudad como una secuencia evolutiva y, además, gradacional: Oriental, Antigua, Medieval del sur, Medieval

del centro-norte, Barroca, Industrial, llegando así hasta la época contemporánea. En cada estadio se introducen variaciones que apuntan a la consecución del resultado final. Así pues, desde este punto de vista, la significación evolutiva de la ciudad desemboca en la posibilidad de una reconstrucción evolutiva típica.

Ahora bien, esto no significa que Weber plantee o insinúe que haya habido una evolución endógena que tenga inscrito ese sentido. No ha sido el desarrollo interno y pre-determinado de los burgos lo que los ha convertido en ciudades de tipo oriental; ni el desarrollo de éstas el que ha desembocado en la ciudad antigua, etc. etc. Por el contrario, Weber es reacio a hablar de progreso en tal sentido y además plantea que los distintos tipos de ciudad surgieron como consecuencias improbables de coyunturas muy específicas en las que convergían lógicas sociales muy diferentes; en concreto, una amalgama de la lógica contextual y la lógica combinatoria anteriormente especificadas. No parece, pues, que se apueste en un sentido claro por una macro-narración evolutiva que cuente cómo en los modestos inicios de los burgos fortificados o los asentamientos aldeanos de mercado estaba ya inscrito, y sólo a falta de desarrollarse en el tiempo, el destino final de la ciudad industrial del XIX.

Hay, pues, que concluir que aunque las genéricas referencias weberianas a la evolución pudieran dar pie a postular que, por detrás de tanto énfasis en la pura comparación, se está dando cuenta de un proceso de desarrollo reconstruible narrativamente, en realidad Weber no apuesta nunca por el macro-relato de la evolución en su sentido clásico³⁶. Si esto es así, entonces se ha de recurrir a los otros indicios o pistas para encontrar estructuras narrativas.

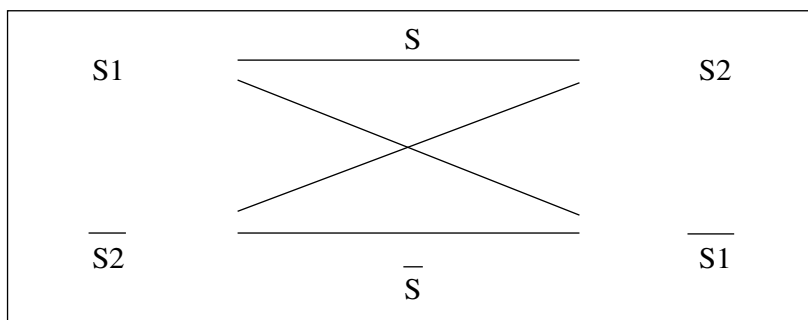
Antes se ha documentado que Weber propone explícitamente que la ciudad ha sido un *intermezzo* en la historia social de la humanidad, pues, atendiendo a su definición, es claro que no ha existido siempre y, además, que pasado un cierto tiempo ha dejado de existir. El diagnóstico no puede, pues, extrañar y es claramente coherente con el tipo de análisis que realiza. Ahora bien, lo importante para calibrar lo que parece una tesis anodina y de significación muy corta es especificar lo que en este contexto significa un *intermezzo* y de qué manera el específico *intermezzo*

histórico de la ciudad, de corta duración en escala evolutiva, ha sido de tremenda significación.

¿Qué significa *intermezzo*? Un *intermezzo* es algo que se sitúa, como el cristiano de Dante, *nel mezzo del camin, in mediis rebus*: entre algo que lo ha precedido y algo que lo sucede, disolviéndose entre medias, pero siendo la gran oportunidad, algo así como esa cristiana *peregrinatio in saeculo* en la que los hombres se juegan su salvación eterna. Kermode (1983) ha destacado la importancia de este motivo en la literatura occidental-cristiana que dirige las historias que cuenta hacia un final que las llena de sentido, y no hay que ser muy intuitivo para sospechar que su presencia es el signo típico de la existencia de una trama narrativa. Y es que, en efecto, presupone una historia que arranca de antes y que se resuelve después; y que, como tal historia, es narrable (White: 1973). Después se especificará qué historia; por ahora quedémonos con la sospecha de que tal historia exista.

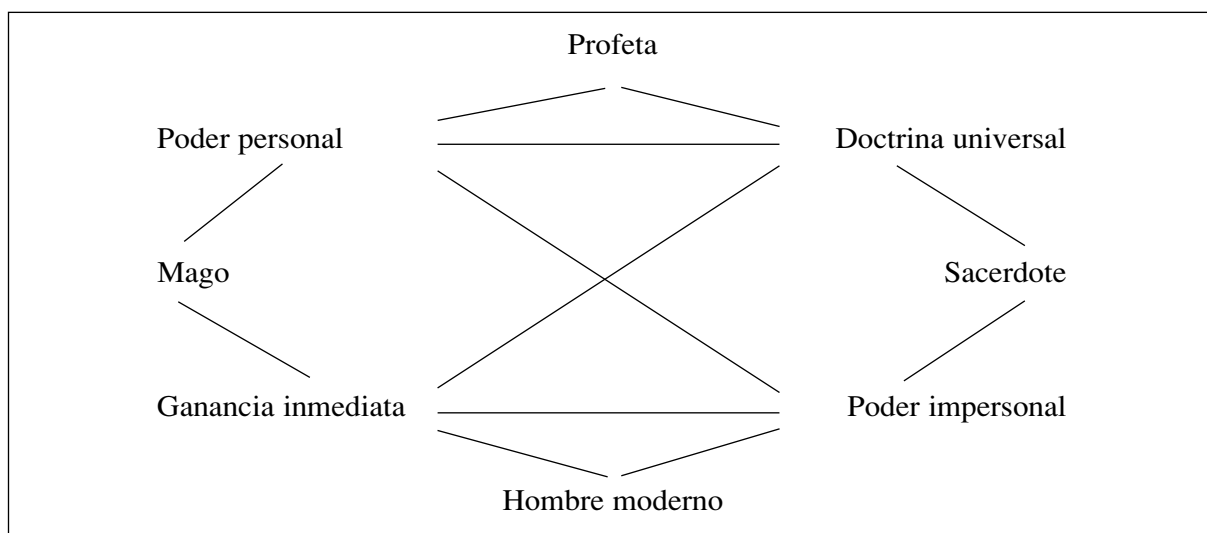
Pero no seamos ingenuos: *intermezzi* históricos de este tipo hay millares. ¿Por qué se fija en él Weber? ¿Por qué se interesa por el *intermezzo* de la autonomía urbana? Sabemos ya que por el sentido de un final: sin la ciudad, tal como se configura en Occidente y reconfigura en la Edad Media europea, sería incomprendible el peculiar destino de la racionalización occidental. Es una de sus precondiciones históricas y hay que atender a ella. Esta es una razón de la relevancia de ese *intermezzo* y explica por qué se define de esa manera tan peculiar a la ciudad, identificándola básicamente con la occidental medieval: si es una precondición del tema central, entonces es claro que lo relevante es ver si esa precondición se ha dado y cómo (con qué variantes) en otros momentos históricos. El sentido de un final aclara así la analítica de la ciudad y la lógica de la comparación.

Pero hay más. El *intermezzo* urbano es más que una condición histórica que, por ello, se hace analítica y comparativamente decisiva. Es además un mediador evanescente y extraño que en términos narrativos es, a la vez, trágico e irónico. Esto es lo que me interesa especialmente, porque muestra la estructura narrativa de fondo del entero texto. Aclararé los términos empleados y argumentaré el diagnóstico adelantado.

Cuadro 3. Esquema de Greimas: cuadro semiótico

La idea de la relevancia del mediador en la obra de Weber ha sido presentada por Jameson³⁷ al hilo de su lectura de otros textos weberianos de orientación comparada, en los que intenta rescatar su «estructura interna» (Jameson 1974:52) profunda, no literal³⁸. A su entender, la obra de Weber está dominada literalmente por un relato omnipresente, una historia que «cuenta una y otra vez [...] bajo los más variados disfraces y por detrás de las más dispares apariencias» (ibid.: 80). Se trata de la historia trágica del mediador evanescente en la que se cuenta cómo en las grandes encrucijadas históricas, cuando emergen innovaciones de enorme repercusión posterior (relevantes por sus consecuencias en forma de legados históricos reinterpretables), surge siempre «un

agente catalítico que hace posible un intercambio de energías entre dos términos que, en su ausencia, son mutuamente excluyentes» (ibid.: 78). Es el mediador evanescente: mediador porque pone junto los polos de una contradicción histórica estratégica; evanescente porque no se mantiene mucho en el tiempo, sino que desaparece para ser sustituido por algo que estaba en lo que hizo pero no en sus intenciones. El ascetismo intramundano protestante sería un caso típico de mediador evanescente; también la figura del profeta, tan relevante en la historia de las religiones universales. El cuadro 4. permite visualizar la propuesta de Jameson en relación a la profecía, diferenciada de otros fenómenos socio-religiosos tan relevantes como la magia o el sacerdocio.

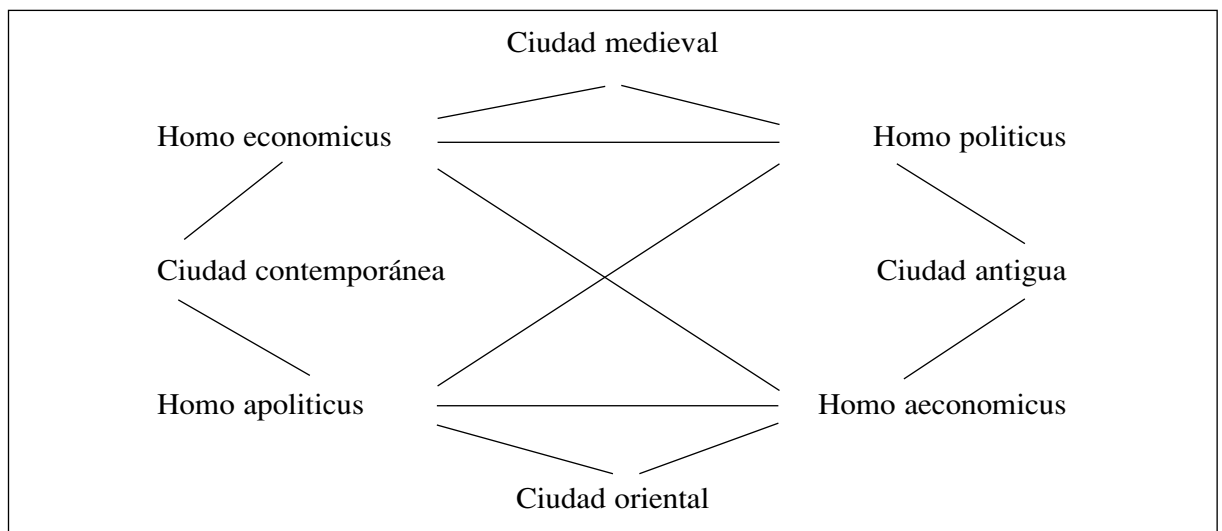
Cuadro 4. Esquema de Jameson sobre el cambio religioso

A mi entender, ese mediador evanescente habría también de ser calificado como extraño. Y no lo propongo por su rareza en el tiempo, por el hecho de que sea precario y no se mantenga (pues esto se recoge ya al resaltar su carácter evanescente), sino por encarnar dos lógicas sociales que hasta entonces estaban separadas y que, aun incorporadas en él, siguen manteniendo principios básicamente incompatibles. De ahí su estatuto extraño: extraño en relación a la idea común de una identidad integrada a partir de un principio único, coherente y omniabarcante; extraño por la copresencia de lo que es incompatible y consecuentemente presiona para disolver su precaria unidad. En razón de ser mediadores extraños son agentes creativos de la historia, porque, como las buenas combinaciones «químicas» –que como se ha comprobado son tan importantes desde el punto de vista de la analítica weberiana de la historia– ponen junto lo que hasta entonces estaba separado. Pero su creatividad la pagan a un alto precio, pues su reino es siempre efímero y, al cabo, son sucedidos por herederos que atienden parcialmente a su legado y acaban deshaciendo el creativo nudo paradójico que ellos se atrevieron a atar.

Es evidente, por otro lado, que, si tal es su historia, esos mediadores evanescentes y extraños cumplen un destino trágico, plenamente reconstruible a partir de las notas que, desde los tiempos de Aristóteles, han definido a la tragedia³⁹. Baste pensar en dos motivos explotados típicamente por la trama trágica: la idea de la copresencia de principios incompatibles que, en razón de su lucha, dan lugar a resultados que no estaban en la intención de nadie y que acaban afirmándose como orden inmovible de lo humano; y la otra idea, tan sofocleana del desorden clasificatorio (¿qué es Edipo?) y de cómo las distinciones primordiales son conmovidas en la acción real de los hombres. Tales motivos están en la idea del mediador y hacen que la historia en la que se cuentan sus avatares se deslice hacia la tragedia. Por ello, resulta también que el decurso histórico acaba mostrándose bajo el dominio de la ironía: pretendiendo algo y actuando consecuentemente en pos de ello emerge una novedad no intencional (ni prevista ni querida) que se acaba afirmando como destino sustancial.

¿Qué hay de esto en el texto sobre la ciudad? La significación de la ciudad es la de un mediador evanescente y extraño y, por eso, en razón de la narrativa privilegiada por Weber adquiere un enorme protagonismo en su reconstrucción de la historia de Occidente. En efecto, la ciudad cumple una función de mediación en el seno de una contraposición absolutamente crucial para Weber: la del *homo politicus* y el *homo economicus*. Esa oposición es, como se anunció antes, lógica (contrapone a dos tipos ideales de humanidad), real (contrapone e dos tipos de conductas empíricas) e histórica (supone dos fases sucesivas en el tiempo). El cuadro 5 permite visualizarlo⁴⁰.

Cuadro 5. Proyección del esquema Jameson-Greimas sobre la ciudad



Como mediadora extraña y evanescente, la ciudad medieval occidental y, más específicamente, la burguesía medieval unió transitoriamente lo que estaba separado: el *homo economicus* y el *homo politicus*. Gracias a ello fue posible que se procediera a una racionalización crucial de la política (que después aparece así conformada en el marco del nuevo Estado) y a una racionalización sin precedentes de la acción económica, que dejó de estar ligada al capitalismo irracional del botín o la ganancia fácil y sin continuidad. La unión de ambos se dio en ese mundo precapitalista de la ciudad dominada por la política monopólica de los gremios. El destino ulterior quiso que el triunfo del capitalismo y del Estado supusiera la ruina de la ciudad medieval que había puesto, en forma de mediador extraño y evanescente, sus gérmenes. Fue entonces, como ocurrió en el caso del profeta de la tradición judía (un ser contradictorio: poderoso por su carisma personal, pero anunciador de una doctrina universal), cuando el legado fue reinterpretado y emergió una burguesía pacata, apolítica, que se encerró en el espacio de la acción económica y dejó en manos de las poderosas maquinarias políticas la dirección de los asuntos de gobierno. Baste pensar en el Weber educador de la nación alemana y crítico del apoliticismo de su burguesía, para comprender la enorme importancia de esta verdadero meta-relato en su obra ⁴¹. Admirando el milagro medieval de una burguesía que se hizo política y empuñó las armas para preservar su autonomía, Weber no deja de detestar la evolución posterior, soñando con ese corto *intermezzo* histórico en el que se unió el hombre económico emergente y el hombre político que había engendrado ya la ciudad antigua. Esa nostalgia de la burguesía medieval, política y heroica, no es rara en quien se sentía arrojado en una época de hierro poblada de hombres sin atributos. En definitiva, y como ya apuntara Hennis (1988) entre otros, el problema que vertebró la entera obra de Weber no es sino dar cuenta del tipo humano que han engendrado el moderno capitalismo y la maquinaria estatal burocratizada, problema que le llevó a explorar sus génesis no sólo en el campo de la religión sino también en el más circunscrito de la ciudad medieval, donde encontró un modelo de humanidad que la historia posterior se encargaría de arruinar.

4. Conclusión

Dejo aquí la exposición sobre este trabajo ejemplar en el campo de la sociología histórica. Creo que el cuidadoso recorrido realizado ha permitido mostrar que, tratándose de un texto estructurado de forma casi compulsiva por la lógica de la comparación, no se puede entender tan sólo en esos términos. Es más, la clave decisiva para interpretarlo en el sentido más pleno de tal tarea —es decir, respondiendo a la pregunta que plantea qué nos quiso decir Weber al escribirlo—, la proporciona el nivel más escondido, apenas insinuado, el de la narración propia-mente dicha. Esto confiere plausibilidad al mapa propuesto en el trabajo al que hacía referencia al inicio (Ramos 1993) como guía para adentrarse en los problemas metodológicos y textuales de la sociología histórica, sabiendo ahora que no sólo es válido para la aparecida más recientemente en la academia mundial, sino también para sus manifestaciones clásicas, como la que encarna la obra de Max Weber. Además, lo analizado permite especificar, en una de sus variantes, las complejas relaciones entre la lógica del método comparado, la aproximación analítica y la reconstrucción narrativa de lo histórico. Como se puede comprobar en el caso ejemplar del texto sobre la ciudad, una de estas estrategias metodológico-textuales se puede convertir en matriz discursiva, pero lo hace sin poder borrar la presencia de las otras dos. Con todo, las arrincona, les niega un espacio privilegiado, lo que genera hondos problemas de interpretación en quien lo aborda. Se hace así más plausible la indicación que anuncia la insuficiencia de toda lectura que se quede en la superficie inmediata de una investigación socio-histórica, pues la labor crucial consiste en ir más allá, rescatar lo oculto, reconstruirlo y asignarle su verdadera significación que puede llegar a ser estratégica.

NOTAS

¹ En distintos momentos de la redacción de este texto han sido decisivas las indicaciones y ayudas (especialmente bibliográficas) de J. Leal, J. Rodríguez y J. Santiago, a quienes agradezco el apoyo sin hacerlos responsables, como es obvio, de las insuficiencias y lagunas persistentes. Quiero también agradecer a mis alumnos de

Doctorado del curso 1996-7 el haber servido de «conejillos de Indias» para poner a prueba una primera versión del texto.

² Nippel (2000: 247) lo sitúa, tal como quedó redactado, en 1913-4. Se trata de un documento de trabajo de Weber que quedó incompleto y cuya redacción final, cara a la publicación, seguramente hubiera sido muy distinta. Sobre su génesis se puede también encontrar información en Bruhns (2001), Mommsen (1981: 231-2, 323) y B.S. Turner (1971: 272) que hacen referencia a una carta de Weber a Georg von Below en la que anuncia su investigación y se confiesa temeroso de caer en un comparatismo de *dilettante*.

³ Véanse los trabajos monográficos de Agramonte (1965), Andrini (1981), Bruhns (2001), Cisneros Sosa (1996), Domingues (2000), Finley (1977), Freund (1975), Martín Santos (1987), Murvar (1966), Nippel (2000), Ringer (1994) y Spencer (1977), de los que me parecen especialmente relevantes los de Bruhns, Domingues, Finley y Spencer.

⁴ Veyne (1984: 196-7) llega incluso a la *boutade* de presentarlo como modelo de la historia del porvenir, tal vez en razón de la irritación que provoca en los historiadores clásicos que ven en él un mosaico caótico y des-temporalizado.

⁵ Sobre diversos aspectos relacionados con la problemática histórica de la ciudad hay que considerar también otros textos de Weber: sus trabajos sobre el mundo antiguo que tienen un interés más bien contextual (Weber 1975 y 1982a); sus trabajos en el campo de la sociología de la religión en los que se hacen interesantes reflexiones sobre la ciudad china (Weber 1983: 234-41) o sobre la ciudad judía (Weber 1988: 31-93); sus trabajos de orientación básicamente económica y en especial su *Historia Económica General* (Weber 1942: 267-284). La conexión con estos y otros trabajos weberianos del texto sobre la ciudad ha sido ejemplarmente estudiada por Bruhns (2001). Dejo de lado la posibilidad de utilizar este conjunto de textos como punto de partida para una reconstrucción de las indagaciones histórico-sociológicas sobre el tema de la ciudad en la historia. En este sentido se podría conectar con la magna investigación de Hall (1998) que hace un recorrido por 25 siglos de cultura y civilización urbanas en Occidente. Como hitos en ese recorrido, habría que partir de la investigación clásica de Fustel de Coulanges (1971), que Weber tomó en consideración para sus indagaciones, y aproximarse a los trabajos también ya clásicos de Pirenne (1994). De los trabajos más actuales me parecen relevantes los estudios de Paul Veyne (1976) sobre el evergetismo urbano greco-romano, el trabajo de Georges Jehel y Philippe Racinet (1999) sobre la ciudad medieval, los apuntes de Burke (1986) sobre las ciudades-estado y el crucial trabajo de Jan de Vries (1987) sobre la geografía urbana europea de 1500 a 1800. En el campo de la sociología histórica actual es tal vez Tilly (1992) el que ha centrado más la atención en el papel de la ciudad occidental en la génesis del capitalismo y el Estado nacional a lo largo del proceso occidental de modernización. Entre nosotros es ya un clásico el trabajo de Carlos Moya (1977) sobre la epifanía urbana del logos racional occidental, cuya significación desborda ciertamente los límites de la sociología al uso.

⁶ Véase en este sentido, como modelo de este continuo diálogo con las singularidades los análisis sobre la democracia antigua y medieval desarrollado en el párrafo 5 (Weber 1969: 1024 ss.)

⁷ En este campo los trabajos que me parecen más interesantes son el ya clásico de Janoska-Bendl (1972) y el más reciente de Kalberg (1994). Ambos destacan la complejidad del concepto y sus múltiples variantes.

⁸ Evidentemente en el sentido muy específico que, como se muestra en el texto citado, proporciona a la institución del ayuntamiento Weber: autocefalia o administración parcialmente autónoma, derecho propio, tribunales propios, instituciones asociativo-representativas propias, etc.

⁹ De ahí que Weber (1969: 955) reconozca que, con «pureza típico ideal», la ciudad sólo ha existido en Occidente y comente que «un *estamento* especial de burgueses, como titular de esos privilegios, constituye la característica de la ciudad en sentido político. Medidas con este patrón sólo en parte las ciudades de la Edad Media occidental eran «ayuntamientos urbanos», y las del siglo XVIII en una mínima parte. Pero las de Asia, quizás con excepciones aisladas, no lo fueron o sólo en germen» (ibid: 949). Véase Burke (1986) para una crítica a la concepción eurocéntrica de la ciudad de Max Weber.

¹⁰ Aunque desde luego estaba bien clara en su momento y constituyó el principio vertebrador de su estudio. En efecto, en la carta a Georg von Below aludida en notas anteriores, Weber informaba implícitamente de lo que constituye su principio de selección de la semántica de la ciudad histórica: la peculiaridad de la ciudad medieval. Y así reflexionaba: «lo que es característica específica de la ciudad medieval ... sólo se puede desarrollar a partir de la constatación de lo que está ausente en otras ciudades (antiguas, chinas, islámicas)» (citado en B.S. Turner 1981: 272).

¹¹ Cf. Bruhns (2001) que apuesta por esta clave interpretativa para aclarar la significación y estructura del texto de Weber.

¹² Es ya, como se ha comprobado anteriormente, el criterio utilizado en la definición general de la ciudad y se reitera para indagar sus tipos. Evidentemente esa autonomía conoce grados o variantes. Se puede definir así: «asociación de ciudadanos o burgueses dotados de órganos especiales y característicos, estando los ciudadanos, en esta su cualidad, sometidos a un *derecho común* exclusivo, constituyéndose así en miembros de una comunidad jurídica estamental o de compañeros de derecho» (Weber 1969: 958).

¹³ Al tema le dedica Weber el último párrafo del texto, contrastando la polis antigua que «era, desde la creación de la disciplina de los hoplitas, un *gremio de guerreros*» con la ciudad medieval que está bajo «el señorío de los gremios» y orientada a la «adquisición mediante una economía racional» (Weber 1969: 1039, 1042). En razón de esto se comprende también la relación entre los distintos tipos de ciudades y el capitalismo o el Estado moderno. La relación no es lineal, pero sí es relevante: «Si nada parecido al capitalismo moderno y al Estado moderno ha nacido sobre el suelo de las ciudades antiguas, el desarrollo medieval de las ciudades, si bien no representa para los dos en modo alguno la única etapa previa decisiva de aquellas dos funciones ni es su verda-

dero portador, tampoco se puede prescindir de él, porque constituye un factor muy decisivo en su nacimiento» (ibid.: 1014).

¹⁴ En un análisis que picotea aquí y allá a lo largo del texto (véase pp. 976, 980, 985, 994-7, 1024) Weber contrasta las ciudades del sur y norte de Europa en función de su conformación estamental, según se asentaron o no en ellas grupos estamentales cuyas bases de poder eran extra-urbanas. Y así, destacando la existencia de esos dos tipos propone que la diferencia radica en que «el patriciado caballeresco de las ciudades del Mediodía de Europa poseía en el exterior tierras y castillos», mientras que «a medida que nos remontamos hacia el norte tales circunstancias son más raras» (Weber 1969: 1024).

¹⁵ También se podría leer siguiendo un formato de desarrollo en bifurcación muy semejante la tipología que Weber (1983: 193 ss.) propone al abordar las distintas soluciones al problema de la teodicea en las religiones históricas.

¹⁶ En este caso, la comparación se da entre los distintos tipos de ciudad occidental. Lo que destaca Weber es que, a pesar de sus orígenes distintos, la ciudad antigua y la medieval llegaron a resultados formalmente (autonomía) semejantes. Lo argumenta destacando que, en ausencia de interferencias externas, la ciudad tiene una lógica propia de desarrollo, incluso con independencia de su infraestructura económica. Ésta puede diferir, pero los procesos de luchas políticas y sus soluciones pueden ser muy semejantes. De ahí que asegure, tras la comparación, algo semejante a leyes de desarrollo urbano: «El modo en que se quebrantó la dominación de los linajes ofrece exteriormente fuertes paralelos entre la Edad Media y la Antigüedad, sobre todo si tomamos como ejemplos de la primera las grandes ciudades y en especial las italianas, cuyo desarrollo transcurre también como el de las ciudades antiguas por virtud de sus propias leyes, quiere decirse, sin interferencia de poderes extraurbanos» (Weber 1969: 998).

¹⁷ Aquí de nuevo se establecen comparaciones entre la ciudad antigua (griega y romana), la ciudad medieval del Sur y del Norte de Europa. Weber propone una secuencia típica de desarrollo democrático en la que se diferencian también variantes que pueden ser puramente ordinales (la tiranía aparece al principio en la ciudad antigua y al final en la medieval del sur) o cualitativas (la *signoria* de la ciudad medieval del sur no aparece en las ciudades del norte). Y así: «El ciclo recorrido por las ciudades italianas partiendo de ser elementos de asociaciones patrimoniales o feudales, pasando luego por una época de independencia y de mando de los notables, logrados revolucionariamente, después por el dominio de los gremios hasta llegar a la *signoria*, para convertirse finalmente en partes constitutivas de asociaciones patrimoniales relativamente racionales, no tiene una réplica exacta en el resto de Occidente. Sobre todo falta la *signoria*, que solamente encontramos en su estadio previo, la de la capitania del pueblo, entre algunos de las más poderosos burgomaestres al norte de los Alpes. Sin embargo, el desarrollo sigue siendo universal en algunos puntos [...] En la época intermedia [entre el Imperio carolingio y el moderno Estado patrimonial, las ciudades] fueron por todas partes, en algún grado, «comunales» con derechos políticos propios y una política económica

autónoma. De manera parecida transcurre el proceso en la Antigüedad» (Weber 1969: 1014).

¹⁸ El argumento explicativo de conjunto, aplicado al caso de la ciudad medieval, resume entonces así: «lo decisivo para el desarrollo de la ciudad medieval hasta convertirse en una asociación fue que los burgueses, en una época en que sus intereses económicos empujaban a una socialización de tipo institucional, no fueron impedidos en ese proceso por limitaciones mágicas o religiosas y, por otro lado, tampoco existía *ninguna* administración racional de una asociación política que estuviera por encima de ellos» (Weber 1969: 965).

¹⁹ Weber resume el argumento en un largo texto de reflexión comparada entre las distintas situaciones que vieron nacer la autonomía de los burgos: «Las ciudades *antiguas* del Mediterráneo no encuentran, cuando se fundan, un poder político-militar *extraurbano* que tenga importancia y, sobre todo, técnicamente desarrollado. Son ellas mismas las que llevan consigo la técnica militar más desarrollada. Primeramente en las ciudades de linajes de la falange de caballo y luego sobre todo en los disciplinados ejércitos hoplitas. Allí donde en la Edad Media se ofrecen semejanzas en este aspecto militar, como en las ciudades marítimas meridionales de la primera Edad Media y en las repúblicas urbanas regidas por linajes, el desarrollo ofrece también semejanzas relativamente amplias con la Antigüedad [...] Por el contrario, las ciudades *continentales* de tipo industrial y, sobre todo, las ciudades del norte del continente europeo se encuentran en la Edad Media con la organización militar y administrativa de los reyes y de sus vasallos encastillados, extendidos sobre todo el continente. Cuanto más al norte y hacia el interior más dependen en su fundación de la concesión de señores políticos y territoriales [...] y de los] motivos *económicos* del fundador, porque el titular del poder espera ingresos aduaneros, de tráfico y tributos [...] Si la evolución conduce en la Edad Media occidental a una autonomía diversa de las ciudades, que caracteriza al Occidente, lo hace tan sólo en la medida en que los poderes extraurbanos, y esto es lo *único decisivo*, no disponían de un aparato disciplinado de funcionarios para poder satisfacer la necesidad de *administración* de los asuntos urbanos en la medida en que lo exigía, por lo menos, *su propio* interés en el desarrollo económico de la ciudad [...] Cuanto más unitariamente estaba organizada una asociación política tanto menos se desarrollaba la autonomía política de las ciudades [...] Solamente la falta de un aparato burocrático y la necesidad de dinero obligó a los reyes franceses, a partir de Felipe Augusto, y a los ingleses, a partir de Eduardo II, a apoyarse en las ciudades [...] Pero tan pronto como los recursos políticos y financieros de los poderes patrimoniales reales o territoriales permitieron crear un aparato administrativo apropiado, trataron también de destruir la autonomía de las ciudades» (Weber 1969: 1032-3).

²⁰ Véase la argumentación de la nota anterior y las conclusiones a que llega Weber en términos de selección contextual de la actividad urbana dominante. Quedan claras cuando aborda el problema de la comuna medieval: «los ejércitos de caballeros siguieron siendo, por lo menos, de la misma importancia que los ejércitos de la ciudad en general y, por término medio, superiores en las tierras bajas. La fortaleza militar podía servir al burgués

como apoyo pero no como fundamento de su actividad económica, por lo menos en las tierras del interior. Por lo mismo que la ciudad no representaba la sede del máximo poder militar el burgués se vio empujado por el camino de los *medios económicamente racionales*» (Weber 1969: 1042).

²¹ El caso de la ciudad medieval inglesa se analiza con mucho cuidado en Weber (1969: 982-5), mostrando su atipicidad tanto en relación a las ciudades del sur como a las del centro y norte del continente: no hay propiamente autonomía urbana, no hay desde luego una fuerza militar burguesa autónoma, la *gentry* se asienta en las ciudades, la burguesía se define como un estamento exclusivamente fiscal. Con todo, las ciudades tienen privilegios, se enfrentan a las pretensiones de los grandes señores terratenientes y apoyan a, y son apoyadas por, la corona. A esta anomalía de la ciudad se corresponde también la anomalía del proceso de racionalización del derecho que acontece en el país. Todo esto define la especificidad del caso inglés que ha sido objeto de discusión entre los estudiosos de Weber. Véase en este sentido Berman y Reid (2000) y B.S. Turner (1981: 318-51).

²² El tema es objeto de atención especial en el párrafo 4 dedicado a la comparación de la ciudad plebeya antigua y medieval (Weber 1969: 998 ss.).

²³ Irracionalidad entendida en un sentido específico, es decir, como incalculabilidad, impredecibilidad, apertura máxima, imposibilidad de reconducción plena a un modelo pautado. Ver el concepto de irracionalidad en Weber (1985: 76).

²⁴ El modelo propuesto se inspira en Kalberg (1994) que proporciona la mejor reconstrucción de la lógica en uso de la sociología histórica de Weber.

²⁵ Kalberg destaca que los tipos ideales weberianos son siempre dinámicos en cuanto que toman en consideración las distintas orientaciones de los actores: «cada tipo ideal consta de constelaciones de orientaciones de la acción significativa. Lejos de ser unilineales, cada uno constituye un complejo de acciones pautadas que interactúan dinámicamente entre sí» (Kalberg 1994: 95). Pero además resulta que esos tipos también fijan generalizaciones limitadas sobre cursos de desarrollo típicos en los que se pueden distinguir etapas y una fuerza directiva que los arrastra (ibid.: 117-8), sin que esto signifique una apuesta por un evolucionismo ni siquiera en forma suave pues, a su entender, «su sociología histórico-comparada no adopta como su nivel de análisis ni el desarrollo histórico ni un modelo general evolutivo o teleológico» (ibid.: 119).

²⁶ Spencer (1977) ha destacado especialmente el dinamismo de la ciudad weberiana en función de sus múltiples conflictos de poder. Por su parte, Domingues (2000) toma el ejemplo de la ciudad para destacar el peso que Weber asigna a la creatividad de la acción en la historia.

²⁷ La importancia de la lógica contextual ha sido destacada especialmente por Kalberg (1994: 98). Spencer (1977: 522) la presenta como un caso de la interferencia del paradigma sociológico (lógica y dinámica típico-ideal) y el paradigma histórico (coyuntura única).

²⁸ El término tiene su origen en la química del XVIII (*atractio electiva*: leyes de asociación y disociación entre elementos), se introduce en el lenguaje filosófico y literario por obra básicamente de Goethe y es recogido por

Weber en distintas ocasiones. Sobre el tema véanse González García (1989: 20-22), Howe (1991), Kalberg (1994: 102-3), Rodríguez Martínez (1995: 59-61) y Treibner (1991).

²⁹ En ambos casos estamos ante lo que en la época de Goethe y Weber se denominaba afinidad electiva que, según informan Howe (199: 194 ss.) y Treibner (1991: 32), da cuenta de cómo los elementos se atraen y/o repelen mutuamente. Nótese también que la expresión es una *contradictio in terminis* pues une la afinidad afectiva y la elección racional, lo que permitió a Goethe ponerla a trabajar como analizador de la nueva gramática del amor romántico. No considero por ello adecuado identificar la afinidad electiva sin más con las relaciones de afinidad como parece hacer Kalberg (1994: 103).

³⁰ El tema ha sido destacado por distintos estudiosos de la obra de Weber. Véanse los trabajos de Habermas (1987 I: 285-316), Rodríguez Martínez (1995: 62-4), Ruano de la Fuente (1996:113-8), Stark (1971), Schluchter (1979) y especialmente B.S. Turner (1981) que convierte este motivo en centro de su interpretación de la obra de Weber, presentándolo como alguien que apuesta por la «problemática calvinista de la lógica del mal» (ibid.: 10).

³¹ No se trata, pues, tan sólo de contrastar las intenciones que están en la conciencia de alguien con las consecuencias de su acción, sino también de contrastar la falta de coherencia entre un universo de valores y el mundo que genera cuando intenta realizarse. La expresión «desigualdad causal» aparece en varios textos de Weber que abordan el tema. Uno de los más representativos es el siguiente: «son precisamente [..los] casos de *transformación histórica del significado* lo que atrae en medida creciente nuestro interés histórico, y puede decirse, también por este motivo, que la labor específicamente histórica de las ciencias de la cultura está en antítesis extrema con todas las disciplinas que operan con relaciones causales: la *desigualdad* causal, en tanto desigualdad de *valor*, es la categoría decisiva para las ciencias de la cultura, y éste es el único sentido posible cuando se habla de “síntesis creativa”» (Weber 1985: 62). La heterogonía supone, pues, una desigualdad causal en términos de valor.

³² En este sentido su crítica a la ingenuidad del mandevilliano «*private vices, public benefits*» es muy clara, presentándola como «una especie de inversión de la mentalidad puritana» que pone directamente al interés individual al servicio de las «metas culturales “divinas” o “naturales” de la humanidad» (Weber 1985: 40-1), falseando así lo que muestra la evidencia histórica.

³³ Véase en este sentido Kalberg (1994: 145 ss.) que distingue en la práctica de explicación adecuada de Weber una amplia batería de relaciones causales: condiciones favorecedoras y obstaculizadoras; causas necesaria; interacciones causales sincrónicas; interacciones diacrónicas (condiciones antecedentes y legados); interacciones coyunturales.

³⁴ A lo largo de su magna investigación sobre el tiempo, la narración y el saber histórico, Ricoeur (1993-5) ha argumentado de forma convincente que las aporías del tiempo sólo se pueden «resolver» narrativamente, lo que comporta el recurso sistemático a la narración de toda aproximación al tiempo histórico. Sobre las tesis de

Ricoeur y otras aportaciones en el mismo sentido véase Ramos (1995), donde se encontrarán las referencias bibliográficas pertinentes.

³⁵ En su *Historia económica general* esta tesis queda claramente explicitada con todos sus matices y en el marco de una deriva que nunca fue lineal ya que las ciudades más decididamente gremiales acabaron por convertirse en un obstáculo para el desarrollo del capitalismo (caso de Alemania). Véase en este sentido Weber (1942: 267-284) que, por lo demás, es un resumen breve de lo expuesto en el texto sobre la ciudad. Sobre esta propuesta general y la conexión de los dos textos de Weber, véase Bruhns (2001).

³⁶ El escepticismo de Weber en relación al complejo evolución-progreso es, por otra parte, muy claro como para permitirle cometer el desliz de una historia desarrollista-evolutiva de la ciudad. Para su crítica al concepto de progreso véase Weber (1984: 84-100).

³⁷ Jameson se inspira en el cuadro semiótico de Greimas, que se recoge en el cuadro 3. En él, se parte de una oposición de contrarios (s1/s2) y se generan los términos contradictorios de cada uno de ellos (no-s1 y no-s2). A partir de eso se generan los distintos ejes que ponen en relación a los términos: eje *complejo* que relaciona los términos contrarios (S); eje *neutro* que pone en relación a los dos términos sub-contrarios (no-S); y ejes de *implicación* que ponen en relación a un término y el contradictorio del término que le es contrario (eje *neutro* s1/no-s2 y eje *neutro* s2/no-s1). Para especificar la lógica del modelo greimasiano véase Greimas (1973: cap. 8).

³⁸ La propuesta de Jameson, en términos generales, es que Weber muestra siempre una especial habilidad para introducir explicaciones históricas a partir de un «sistema de términos aparentemente estáticos, clasificatorios», pero contando siempre con un relato de base: «la tipología weberiana, incluso en el caso más abstracto, encubre un tipo de narración por detrás de su apariencia clasificatoria» (Jameson 1974: 66-7). Nuestra labor como lectores consiste, pues, en proceder a «la transformación de un esquema lógico aparentemente estático y clasificatorio en un proceso histórico y esencialmente narrativo» (ibid.: 68).

³⁹ Me remito aquí a mis análisis sobre el «homo tragicus» (Ramos 1999) donde se encontrarán los argumentos de fondo y las referencias bibliográficas oportunas.

⁴⁰ Se trata de una proyección del esquema de Jameson a la problemática de la ciudad. En el cuadro se puede ver cómo los dos polos de la contradicción (político/económico) son mediados en la ciudad medieval y cómo esa mediación se diluye en otras variantes y, especialmente, en la ciudad contemporánea o posmedieval en la que la afirmación del homo economicus va de la mano de su apoliticismo.

⁴¹ Véanse en este sentido sus *Escritos Políticos* (Weber 1982b), así como los trabajos de Mitzman (1976), Mommsen (1974) y la biografía de su esposa Marianne Weber (1995). Sobre Weber como pensador trágico, véase Diggins (1996) y Ruano de la Fuente (2001).

BIBLIOGRAFÍA

AGRAMONTE, R. (1965): «Ciudad y política en la sociología de Max Weber». *Revista Mexicana de Sociología*, 27: 803-840.

- ANDRINI, S. (1981): «La città dell'occidente: note sul rapporto tra diritto e potere in Max Weber». *Sociologia del Diritto*, 8: 240-51.
- BERMAN, H.J. y C.J. REID (jr) (2000): «Max Weber as legal historian», en S. Turner (ed.), *Max Weber*. Cambridge, Cambridge University Press: 223-239.
- BRUHNS, H. (2001): «La ville bourgeoise et l'émergence du capitalisme moderne. Max Weber: *Die Stadt* (1913/1914-1921)», en B. Lepetit y C. Topalov (eds.), *La ville des sciences sociales*. Paris, Ed. Belin: 47-78.
- BURKE, P. (1986): «City-States» en J.A. Hall (ed) *States in history*. Oxford, Basil Blackwell: 137-53.
- CISNEROS SOSA, A. (1996): «Ciudades y comunidades vecinales frente a la modernidad». *Sociológica*, 31: 117-129.
- DIGGINS, J.P. (1996): *Max Weber: Politics and the Spirit of Tragedy*. Nueva York, Basic Books.
- DOMINGUES, J.M. (2000): «The city: rationalization and freedom in Max Weber». *Philosophy and Social Criticism*, 26, 4: 107-126.
- ELÍAS, N. (1982): *La sociedad cortesana*. México, FCE.
- FINLEY, M.I. (1977): «The ancient city: from Fustel de Coulanges to Max Weber and beyond». *Comparative Studies in Society and History*, 19: 305-327.
- FREUND, J. (1975): «La ville selon Max Weber». *Espaces et Sociétés*, 16: 47-61.
- FUSTEL DE COULANGES, N. D. (1971): *La ciudad antigua*. Barcelona, Editorial Iberia.
- GONZÁLEZ GARCÍA, J.M. (1989): *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*. Madrid, Visor.
- GREIMAS (1973): *En torno al sentido*. Madrid, Fragua.
- HABERMAS, J. (1987): *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, Taurus.
- HALL, P. (1998): *Cities and civilization*, Londres, Phoenix Giant.
- HENNIS, W. (1988): *Max Weber. Essays in Reconstruction*. Londres, Allen & Unwin.
- HOWE, R.H. (1991): «Max Weber's elective affinities: sociology within the bounds of pure reason», en P. Halmilton (ed.), *Max Weber. Critical assessments*, 2 II: 193-209.
- JAMESON, F. (1973): «The vanishing mediator: narrative structure in Max Weber», *New German Critique* 1: 52-89.
- JANOSKA-BELD, J. (1972): *Max Weber y la sociología de la historia*. Buenos Aires, Editorial Sur.
- JEHEL, G. y RACINET, P. (1999): *La ciudad medieval*, Barcelona, Ediciones Omega.
- KALBERG, S. (1994): *Max Weber's Comparative-Historical Sociology*. Cambridge, Polity Press.
- KERMODE, F. (1983): *El sentido de un final*. Barcelona, Gedisa.
- MARTÍN SANTOS, L. (1987): «La ciudad, máscara de una sociedad insolidaria», en M. Weber, *La ciudad*. Madrid, La Piqueta: X-XIII.
- MITZMAN, A. (1976): *La jaula de hierro*, Madrid, Alianza.
- MOMMSEN, W.J. (1974): *The Age of Bureaucracy*. Oxford, Basil Blackwell.
- (1981): *Max Weber: Sociedad, política e historia*, Buenos Aires, Ed. Alfa.
- MOYA, C. (1977): *De la ciudad y de su razón*, Madrid, Cupsa Editorial.

- MURVAR, V. (1966): «Some tentative modifications of Weber's typology: occidental versus oriental city». *Social Forces*, 44: 381-9.
- NIPPEL, W. (2000): «From agrarian history to cross-cultural comparisons: Weber on greco-roman antiquity», en S. Turner (ed.) *Weber*. Cambridge, Cambridge University Press: 240-255.
- PIRENNE, H. (1994): *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid, Alianza.
- RAMOS, R. (1993): «Problemas textuales y metodológicos de la sociología histórica». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 63: 7-28.
- (1995): «En los márgenes de la sociología histórica: una aproximación a la disputa entre la sociología y la historia». *Política y Sociedad*, 18: 29-44.
- (1999): «Homo tragicus». *Política y Sociedad*, 30: 213-240.
- RICOEUR, P. (1983): *Temps et récit I*. Paris, Seuil.
- (1984): *Temps et récit II La configuration dans le récit de fiction*. Paris, Seuil.
- (1985): *Temps et récit III. Le temps raconté*. Paris, Seuil.
- RINGER, F. (1994): «Max Weber on the origins and character of the western city». *Critical Quarterly*, 36 (4): 12-8.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, J.(1995): «Las categorías de lo histórico en la sociología de Max Weber». *Política y Sociedad*, 18: 45-67.
- RUANO DE LA FUENTE (1996): *Racionalidad y conciencia trágica. La modernidad según Max Weber*. Madrid, Trotta.
- (2001): *La libertad como destino. El sujeto moderno en Max Weber*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- SARTORI, G. (1971): «La política comparata: premesse e problemi». *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 1: 7-66.
- SCHLUCHTER, W. (1979): «The paradox of rationalization: on the relation of ethics and world», en Roth y Schluchter, *Max Weber's Vision of History*. Berkeley, University of California Press.
- SPENCER, M.E. (1977): «History and sociology: an analysis of Weber's *The City*». *Sociology*, 11: 507-525.
- STARK, W. (1971): «Max Weber y la heterogonía de los fines», en Talcott Parsons y otros, *Presencia de Max Weber*. Buenos Aires, Nueva Visión: 191-208.
- TILLY, C. (1992): *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid, Alianza.
- TURNER, B.S. (1981): *For Weber. Essays on the Sociology of Fate*. Boston, Routledge & Kegan Paul.
- TURNER, S. (ed.): (2000): *Weber*. Cambridge, Cambridge University Press.
- TREIBER, H. (1991): «“Elective affinities» between Weber's sociology of religion and sociology of law», en P. Hamilton (de.) *Max Weber. Critical assessments I*, IV: 29-75.
- VEYNE, P. (1976): *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. Paris, Seuil
- (1984): *Cómo se escribe la historia*. Madrid, Alianza (ed. francesa 1971)
- VRIES, J. DE (1987): *La urbanización de Europa 1500-1800*. Barcelona, Crítica.
- WEBER, Marianne (1995): *Max Weber*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- WEBER, Max (1942): *Historia Económica General*. México, FCE [1923].
- (1969): *Economía y Sociedad*. México, FCE [1922].
- (1973): *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1975): «La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales», en AA.VV. *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, Akal: 35-37 [1896].
- (1982a): *Historia agraria romana*. Madrid, Akal [1891].
- (1982b): *Escritos Políticos*. México, Folios Ediciones.
- (1983): *Ensayos sobre sociología de la religión I*. Madrid, Taurus [1920].
- (1984): *La acción social: ensayos metodológicos*. Barcelona: Península.
- (1985): *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*. Madrid, Tecnos.
- (1987): *La ciudad*. Madrid, La Piqueta.
- (1988): *Ensayos sobre sociología de la religión III*. Madrid, Taurus [1921].
- WHITE, H. (1973): *Metahistory. The historical imagination in nineteenth-century Europe*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.